

AUGUSTO IGLESIAS  
ANTINOMIAS DE MANN Y  
GOETHE

---

EN EL MACIZO y sugerente ensayo del profesor Roque Esteban Scarpa sobre la personalidad de Thomas Mann a través de la obra literaria del famoso escritor, topamos, apenas iniciada la lectura del volumen, con esta afirmación inquietadora: "El espíritu, que es libertad, objetividad, conciencia de sí mismo, constituye, para Max Scheler, la parte más débil e impotente del Ser; aunque imprima una dirección a la unidad dinámica de la persona, sólo logra poder cuando se pone a su servicio la energía de los impulsos naturales. Aunque en su objetividad y libertad se desprenda de la naturaleza para tomar conciencia de sí y del Mundo, en cierta manera como Anteo, cobra fuerzas reales únicamente cuando toca a su madre nutricia, al origen de su potencia. Lo que *es* le viene de *donde es*, aunque sea distinto a él y su función sea trascenderlo. *De este hecho deriva, para Thomas Mann, el que el espíritu sea la crítica de la vida por la vida misma, y que al concebir los fenómenos vitales con ese carácter de ambivalencia, también el acto creador se le aparezca como ambiguo: la sinceridad del artista aparece diferenciada a la manera de las Musas, de manera poética no sólo por el encanto de la forma, 'sino por esa pasión juguetona que es el secreto orgánico de todo lo artístico' nos dice en su Ensayo sobre Lessing*"\*.

La subrayación de la cita es nuestra. Fue hecha porque en esas palabras apunta Scarpa desde luego, y sin hacer hincapié de su actitud, a la relación estética entre el ansia *buceadora* de un Goethe, por ejemplo, y el pensamiento *receloso* de Mann, su autor estudiado. En la busca de los secretos del espíritu —esto es, de las *profundidades* de la Vida— lo único que Mann obtiene es enfrentar la naturaleza

\*Scarpa. *Thomas Mann, una personalidad en una obra*, p. 31

humana con el ámbito posiblemente unívoco del Universo-Mundo. Cosa que también ocurre —agregaremos nosotros— en la experiencia personal de Goethe, con una diferencia —¡infinita diferencial!—: Goethe en los últimos años de su vida (al morir, casi junto con él, el Doctor Fausto, su máxima encarnación), recibe cierta respuesta de lo Insondable:

*Gerettet ist das edle Glid  
Der Geisterwelt (vom) Bösen:  
"Wer immer strebend sich bemüht  
Den können wir erlösen."  
Und hat an ihm die Liebe gar  
Von oben teilgenommen,  
Begegnet ihm die selige Schar  
Mit herzlichem Sillkommen\*.*

En cambio, en el comportamiento de Mann, sus palabras, volteadas en el abismo de sus dudas —paradójicas algunas; sonrientes, otras; sardónicas, la mayoría de las veces, como las de Mephisto— no reciben respuesta en ninguna forma. La Esfinge se mantiene sorda, ciega, muda; vale decir, el escritor en su intento, lo único que logra es enfrentar la vida con la Vida; la naturaleza con la Naturaleza, mientras el Espíritu pasa impalpable a través de la red que él —con parecido gesto, en momentos, a los del caballero Arouet de Voltaire— tendiera para atraparlo.

Partimos de la premisa que Thomas Mann es un goethiano, un gran goethiano en oposición antitética a su maestro.

A un siglo de distancia los dos intensos alemanes se apartan cuanto más pueden del bullicio de sus "momentos" respectivos. Goethe vive en el ciclo del Imperio Napoleónico; Mann, en la pesadilla del Impe-

\*Adaptando estas palabras a una significación Castellana adecuada, las dos estrofas del texto podrían presentarse, para evitar cualquier prosaísmo, con la versificación que sigue:

*Salvado está del Malo, el noble  
[adepto  
del Mundo espiritual a este pre-  
[cepto:  
"El que pugne buscando un ideal  
libre será por Nos de todo mal".*

*Y si, a más, en el Coro, Amor lo  
[escuda  
el triunfo apurará tan dulce ayu-  
[da:  
en tanto que en la empirea alta  
[vida,  
los ángeles saludan su venida.*

Goethe: *Segundo Fausto*, esc. final.

rio Hitleriano. Ambos, sin embargo, pretenden evadirse de sí mismos y de su contorno personal en idéntico afán de retroceder en el Pasado y, desde el fondo de los milenios, observar, en perspectiva, lo que podría ser el mecanismo del Destino, el *Fatum* de los dioses memorables, en fin, la razón suficiente en ese *algo* de providencial que los espiritualistas creen ver en el devenir de la sociedad humana. Nada consiguen, sin embargo, capaz de apagar su sed. De su viaje al clasicismo helénico Goethe llega con heterodoxo cargamento de símbolos, convertidos por él en lingotes de oro en verso que descarga a los pies del Doctor Fausto, el cual mira de reojo el regalo y apenas comprende; pues el lenguaje oscuro con que aquellos símbolos hablan no es para comprensión humana.

Otro tanto le sucede a Thomas Mann. De él puede decirse que es un *occidental nato*, procedente, por lo mismo, del Medio Evo; en otras palabras, hijo de la cultura alejandrina y, por ello, no rebrote de Grecia y Roma —pulverizadas en un proceso de descomposición imperial— sino del helenismo y el semitismo injertados en la barbarie que invade a Europa entre los siglos III y VI. Su tierra ancestral, pues, en cuanto a cultura se refiere, hállase en Egipto; y a Egipto vuela sostenido por las alas de la imaginación creadora. Pero allá su experiencia evasiva ni le conforta ni salva. Su mayor logro es convertirse en espectador de una tragicomedia donde lo sublime de la gesta encarna *grosso modo* en la simple condición humana de las tribus aún nómades del norte de Africa, ahincadas en el deseo antropomórfico de humanizar a Dios y tutearse con El.

Es demoledor, pero es así: la grandeza de la Historia mirada en largos paralelismos distanciados, nos lleva en paradójica secuencia a la idea de estar contemplando un teatro de marionetas. ¿Qué es la batalla de Salamina comparada con la batalla de Jutlandia? ¿Qué el bombardeo de Puerto Arturo en paralelo con el bombardeo aéreo de Londres? . . . El influjo espiritual de Egipto, decisivo en la evolución histórica de occidente, es apenas perceptible en tiempos de Julio César. Tienen que pasar todavía cerca de dos mil años para que la "cohorta de asnos"\* de Bonaparte vuelva otra vez, como el romano, a preocuparse --mas ahora en son de resurrección histórica--, de las huellas portentosas perdidas en las arenas líbicas. En ese proceso egipcio, como siempre, el Espíritu emigra indiferenciado en medio de un

\*Los soldados de Napoleón llamaban risueñamente "cohorta de asnos" a los sabios arqueólogos que acompa-

ñaron al general durante la invasión francesa.

tumulto horrible de guerras, supersticiones, errores monstruosos, tanteos, crímenes, o ya de simples estériles sacrificios. El Espíritu, en este camino, es apenas una débil llamita símil de insignificante bujía. ¿Podría exigírsele brillo a ese minúsculo fulgor junto al telón de fondo en que se destaca, como incendio multitudinario, el fuego de millones de pasiones encontradas? Sin que él mismo, quizás, lo supiera, las gigantescas figuras bíblicas del semitismo israelita se diluyen, sin remisión posible ante las pupilas *muy siglo xx* de Thomas Mann. José, el precavido; y, por tal evento, vivo en su eternidad mortal, y, tras de él, todo el proceso crítico y definitivo de la gestación estadual judía que comienza con signos de gloria política y termina con un éxodo, acumúlense envolviendo hombres y mitos, en las páginas que el novelista alemán les dedica. ¿Y qué surge de todo esto? Nada, si no es una serie de figuras desleídas en actitudes y rostros y que posiblemente a pesar suyo, toman sentido fatalmente caricaturesco. No puede ser de otra manera, esos líderes del pueblo de Israel viven en aire caldeado, respirando donde quiera que estén el misticismo febril de sus leyendas. La Magia, con la quimera de todas sus dimensiones, actúa en formas innúmeras que sirven de alimento cotidiano y "natural" a aquellos cuerpos estremecidos por la voz de *Yaveh*, inaudible para la multitud, pero traspasada a ella por el conducto verbal del sacerdocio en el cual, desde los tiempos de José, se ha ido perfilando, dentro del secreto de los "genes" hereditarios, la figura imprescindible y esperada del Líder Providencial.

Mas para un hombre del siglo xx de nuestra Era —y es el caso de Thomas Mann— todo este folklore impresionante no tiene otra escapatoria capaz de evitar la "boutade", que racionalizarse a través de los símbolos... Y ahí está el peligro; pues la metamorfosis antedicha resulta casi imposible para el escepticismo actual, pues éste se adelanta a bloquearle cualquiera salida. El criterio positivo sólo admite el milagro explicable...; y si no logra darle una solución satisfactoria, científica, "racional", se encoge de hombros y sonrío... De esta manera toda la grandeza de la Historia, en su pretérito dorado —la *Golden Age* de los ingleses— se esfuma fatalmente. Dentro del razonamiento irónico las voces de profecía no tienen eco; las manos que derraman prodigios se ven como remos inútiles tratando de adelantarse en el vacío. Es incuestionable: la sonrisa siega las fuentes de la emoción fáustica; bajo esta acción cabe, pues, que el Sinaí se minimice hasta parecer dibujo de bambalina; y el propio Moisés que un día aprendiera artes ocultas en la corte de su madre adoptiva, la hija de Faraón, y que ya de grande pudo arruinar a Egipto con su magia,

sumiéndolo en la desesperación de seguidas calamidades, apenas si para el excepticismo de Mann —vale decir el escepticismo contemporáneo— podría tener otra ciencia que la de un viejo actor astuto y mentiroso.

Es así, también, cómo el arte de Mann toma, por esta su interpretación mordaz, carácter iconoclasta. “La ironía —anota Scarpa— se convierte (en él) en ‘el sentido del arte mismo’ en una mirada limpia y solar que abarca alegremente la totalidad, *la afirma y simultáneamente la niega* cuando por “un libre juego se alza por encima de los objetos, de la dicha y la desgracia, del bien y del mal, de la muerte y de la vida’ mientras su alta libertad y objetividad no sean turbadas por moralismo alguno”\*.

Cabe, sin embargo, aducir que la iconoclasia de Thomas Mann, a la cual acabamos de referirnos, no es simplemente demoledora, sino, a la vez, “re-creativa”. Mann no destruye para darse el lujo intelectual de que nuestra percepción estética compruebe con íntimo espanto cómo su arte de sardónico expositor germano amontona humo y ruinas donde nosotros veíamos con los ojos de la fe o de la simple emoción, construcciones colosales o figuras maravillosas. No; con los mismos elementos del derrumbe por él provocado, este arquitecto crea de nuevo, *re-crea* otros mitos y otros personajes pero manteniendo la apariencia de los primeros.

Este oficio, igualmente iconoclasta y “re-creador”, podemos seguirlo en todo su inmutable y cumplido ejercicio a través de la lectura de las obras más señeras del autor. ¿No es una re-creación bíblica *José y sus Hermanos*, esa maciza trilogía que el espíritu de Voltaire habría firmado, si Mann hubiese puesto en ella la gracia y levedad que el Caballero Arouet ponía en sus escritos? ¿Y no es una re-creación proterva del joven Werther, su Carlota en Weimar? ¿Y qué sino una re-creación goethiana en sentido antinómico, es el *Doctor Faustus*, donde el sarcasmo es a veces tan terrible que, síquicamente, nos resulta doloroso?

Las razones de este prurito re-creador nos la da él mismo a través de los personajes en que actúa: Mann es un hombre angustiado caminando en la cuerda floja de su agnosticismo la cual no se balancea sobre la previsión de una red sino con el caos abierto a sus pies. En ese peligro diríase un niño a la traviesa de un campo en tinieblas, y que silba a fin de espantar los fantasmas nocturnales que le asedian... o para llamar en auxilio suyo ángeles protectores, hu-

\*R., E. Scarpa. *Thomas Mann*, p. 32

manizados también por ese mismo terror a la oscura Naturaleza, con-fabulada en las sombras como asaltante inaprehensible. En esta es-peranza desesperanzada de Mann, Scarpa ve un rebrote de cristianismo; actitud en cierto modo de rectificación metafísica ya que con ella toca las viejas vertientes del idealismo germánico aunque sin arrojarse a su vértice. "Por su vasta visión de lo humano como por los valores éticos del contenido y los planteamientos ideológicos que sustentan su obra —opina el ensayista chileno—, al contribuir ella a despertar inquietudes en el hombre, a quien problematiza desde sus raíces su calidad humana, cumple un fin moral. Aunque la intención no sea de índole religiosa, aunque no pretenda probar positivamente nada, esa virtud, opuesta a la negligencia y al abandono, que lleva a la preocupación, a reflexionar sobre el mundo, a una contención cau-telosa, y significa un acrecentamiento de la interioridad, tiene por re-sultado una actitud anímica idéntica a la religiosa, y lo entronca a la tradición nacional cristiano-luterana"\*.

Trasladémonos ahora, al mundo del autor de *Afinidades electivas*.

\*  
\*      \*

En una lectura suya sobre Goethe y Tolstoi refiérese Mann a la importancia —¿no sería mejor decir: *gravedad?*— que tiene el desem-peño de la conjunción "y". En esa coyuntura de su disertación el maestro, para ilustrar el tema, hace recuerdo oportuno de los repro-ches —entre los varios— que el genial neurótico de Sils María gustó endilgar a sus compatriotas. "Nietzsche —expresa en esa oportunidad el novelista de *La Montaña Mágica*— levanta contra nosotros los alemanes el cargo de una singular falta de tacto al usar la conjunción "y". Nos culpa de decir, por ejemplo: —Schopenhauer-y-Hartmann. También: Goethe-y-Schiller... , burlándose de lo expresado con disol-vente amargura; junto al temor, sobre todo, de que, a la inversa, pu-diéramos decir asimismo: Schiller-y-Goethe...".

En seguida el conferencista sostiene que a Schopenhauer y Hart-mann bien puede dejárseles de lado pero "en cuanto Goethe y Schiller la profunda, sugestiva aversión que Nietzsche tuvo por el autor teatral y el moralista que habitaba en ambos no debió inclinarlo a negar esa hermandad que precisamente, por visible contraste no sufre pérdida alguna y encuentra su mejor protector en la supuesta parte ofendida.

\*Scarpa, Ob. cit., p. 39.

La indicada actitud nietzscheana es, pues, injusta como irreflexiva cuando se burla de aquella "y", tanto más cuando proclama acto después una supuesta jerarquía sin mayor fundamento que el de la imaginación; cosa, esta última, entre las más discutibles que puede haber en el mundo".

Todavía agrega:

"Esto de precipitarse para dar una definición no es manera alemana. Por instinto el germano evita cualquier compromiso unilateral; prefiere él la política de manos libres la que permite cultivar con *amore* el arte de observar... El sentido de la conjunción que une los nombres de Goethe y Schiller tiene ese significado: poner al uno enfrente del otro de modo que se les pueda observar con mayor conocimiento".

Ahora bien, en esta oportunidad ¿pueden abrigarse iguales o parecidos temores a los de Federico Nietzsche por la conjunción "y" en el empleo de unir los nombres de Goethe-y-Mann?

Positivamente se nos ocurre que no. A éste y a aquél se les debe considerar en *bloc*. Pues, "aun cuando la novela y el poema concluyan y se desprendan del propio artista y lleguen a convertírseles, por así decirlo, en ajenos al movimiento espiritual progresivo que le obliga a *rectificar su insuficiencia* por una nueva creación, aunque esta contradiga o enmiende el contenido conceptual de la anterior, se mantiene la unidad del ser que la genera en su impulso de perfección"\*.

Estas mismas razones, por otra parte, son las que mueven a Thomas Mann "a suscribir la opinión de Goethe de ser de dudosa justicia el juicio de una obra separada del conjunto, porque lo que importa es la dirección de su sentido integral y lo que resulta de ella"\*\*.

Así considerada la *opera omnia* de cada uno de los maestros germanos de nuestro comento, luego impondrán en el contorno de sus lectores el parecido admirable de dos momentos distintos y al mismo tiempo *repetidos* en el Cosmos literario de Europa. Vamos a aclarar esta proposición con un símil: imaginemos que el Planeta Tierra en los millares de posibilidades coincidentes de los sistemas solares en próximas o lejanas galaxias, tuviese allá un hermano gemelo. Pues bien, por muy exacta que fuese esta similitud, forzosamente tendría que haber entre esos planetas iguales numerosos puntos de diferencia. Es lo que ocurre en los sistemas solares en que giran las producciones de Mann y Goethe. Pero en la obra de los dos escritores que

\*Scarpa, Ob. cit., p. 49.

\*\*Scarpa, Ob. cit., p. 49.

nos preocupan, la diferencia más notable (la antinomia mayúscula) no la produce la distinta categoría mental en el tiempo y el espacio en los cuales cada una de ellas se modela independientemente. (Espacio y Tiempo no son dimensiones para ser aplicadas sin algún recelo en el Universo irreal donde estos maestros navegan) sino que es determinada por la parte autobiográfica —presente en las características emotivas con que afrontan la vida alguno de sus personajes—, y que se ajusta aunque de manera irregular en la realización literaria integral en que ellos, como seres de carne y hueso, irremisiblemente se ven presionados a entremeterse. Es éste un perfil esquivo, pero no hay que dejarlo fuera de foco; porque “todo juicio crítico debe considerar lo biográfico como un elemento humano necesario; porque la obra es el hombre, porque detrás de ella están *una vida, un destino, un hombre que respira*”\*.

En el *Fausto* goethiano —de igual manera que en los títulos principales de la obra de Mann— todos los personajes son “re-creaciones”, excepto *Gretchen*. Pero Margarita, a pesar de su paso irregular por las escenas del *Primer Fausto*, y de su simple aparición ilusoria después de hallarse convertida en *símbolo*, en las últimas escenas del *Segundo Fausto*, es un trozo palpitante de la juventud de Goethe, un órgano fáustico equivalente al corazón del Mago y que, por ser víscera esencial no admite amputación posible sin que con ello no se mate al mismo tiempo la trascendencia metafísica de la Tragedia; es decir, sin quitarle la vida al pensamiento más alto del genio de Goethe.

Wolfgang que inicia sus inquietudes de filósofo asimilando el pensamiento de Leibnitz, cae en la subsiguiente evolución de su pensamiento en un panteísmo epicureo; sin dejar de mano, por eso, al maestro de los *Ensayos sobre el Entendimiento Humano*.

Este proceso ideológico de Goethe parece haberse consolidado durante su viaje por Italia. Las conclusiones generales que de ese periplo obtiene, lo acompañan hasta su avanzada y gloriosa vejez, pero no sin un temblor suyo al sentirse cercado por el frío *numinoso*; no sin recogerse en actitud de instintivo recelo al comprender que rueda ya, —en declive mortal y sin brújula para sus dudas— hacia las sombras del *mysterium tremendum* que diría, un siglo más tarde, su compatriota Rodolfo Otto. Compenetrándose en el destino futuro de los amantes de *Las Afinidades Electivas* frente a la muerte de aquellas almas unidas a despecho de la imperativa separación en que se había bifurcado el camino de ambos, Goethe exclama: “¡Qué momento feliz se-

\*Scarpa, Ob. cit., p. 49.

rá aquél en que, algún día en el futuro, los dos despierten juntos!”.

Mann, en la antípoda, no puede dejar de comentar esa frase:

“Esto es de extraña complacencia, realmente cortés y está dicho con un arabesco que a nadie compromete. Porque el discípulo de Aristóteles, con su fe en la continuación de la entelequia más estricta, difícilmente habría creído en la resurrección del cuerpo. El Todo es una suerte de licencia poética, un cortés giro del lenguaje, conciliatorio y simple, pero (subrayamos) *en modo alguno esencialmente insincero*: porque anciano ya, Goethe llega a decir, los ojos húmedos, con absoluta sinceridad: “todos volveremos a encontrarnos arriba”.

Goethe cree razonadamente en las fuerzas del Bien y del Mal; no, por cierto, con fe dogmática, ni siquiera con énfasis luterano; sino a esa su manera equilibrada entre el afecto a Leibnitz, y el simultáneo amor que Spinoza y Epicuro fueron despertando en él.

Epicuro, incrédulo, nada afecto a la idea de la inmortalidad del alma, niega risueñamente la intervención de los dioses en los negocios y destino del hombre. Spinoza, también materialista, lo es, no obstante, en sentido diverso, pues a la Naturaleza toda atribúyete categoría de Dios. Para él cuanto sucede en el Universo es de necesidad que así ocurra... Sin embargo, las pasiones al hacerse conscientes se transforman —según su doctrina— en voluntad. Ahora bien, esta voluntad puede ser dominada —y debe serlo— por una fuerza superior a ella: la inteligencia razonadora. En este sentido Spinoza elogia esa facultad superior de los pensamientos directores y esenciales del humano espíritu, precisamente los que han permitido al hombre utilizar su razón por medio de la libertad de elegir, haciendo prevalecer la libertad sobre el tumulto tiránico de las pasiones. La mayor parte de los jóvenes filósofos del siglo XVIII, a sabiendas o no, fueron fervientes partidarios de los principios sustentados por el spinocismo. Goethe no logra ser la excepción. Pero es Gotfriedo Leibnitz como ya se sabe, quien le deja clavada su garra para siempre. ¿Por qué?...

Leibnitz es lo contrario de los filósofos acabados de nombrar. Para él, Dios es una unidad suprema, una “mónada” básica perfecta, de la cual se desprendiera en sucesivas ordenaciones monistas, el edificio prodigioso del Universo. Son estas ordenaciones las que, a su vez, proyectan el Futuro.

En sí misma la *mónada*, como unidad esencial, es un átomo de pensamiento con cuyas restas y sumas son posibles, en potencia, todos los cuerpos del universo, de los más densos a los más sutiles.

Una doctrina así calzaba como anillo al dedo dentro del pensamiento de Goethe, tan dado a jerarquizar las pasiones humanas en

almas o "mónadas" espirituales de distinto dinamismo y categorías. De ahí que su mano escriba con firme seguridad este pensamiento que es al mismo tiempo la denuncia de un más profundo estado de ánimo: "Todo lo noble es en sí naturaleza tranquila y parece dormir hasta que la contradicción lo despierta y desafía".

En el alma de un individuo superior, las *mónadas* son incapaces, por lo tanto, de hacerlo actuar en beneficio propio o ajeno, si no son asaeteadas ellas mismas por el estímulo de otras "mónadas" distintas que las determinan a seguir laborando en esferas más altas. Y ese estímulo lo proporcionan —en el pensamiento goethiano— las fuerzas Madres de la Naturaleza, simbolizadas, generalmente para la especie humana, en la ternura y sacrificio de un grande amor. De ahí que individuos y pueblos giran siempre en esa dirección para catalizar sus angustias, sus anhelos de paz, sus mejores sueños. Coincidentes con las Madres —mitos femeninos de puro idealismo filial, por su naturaleza pródiga; o de inspiración creatriz, a través del instinto genésico del hombre— hállese la expresión goethiana que cierra la tragedia y el destino de Fausto en la Segunda Parte. Es el momento de la invitación suprema al espíritu de Mago, ya redimido, para que se reintegre a su fuente pristina. *El Coro Místico* eleva sus voces en la bóveda azul:

*Lo que es sólo del Tiempo y, pues, perece,  
no es más que una ilusión que se evanece;  
lo efímero y lo breve vive allí.  
Lo que es Inexplicable e Inenarrable  
se cumple así.  
Pero arriba realiza su alto Sino  
la atracción de lo Eterno Femenino.*

Siendo Mann un pensador ilustre, ¿nunca su claro razonar moja las alas en la cósmica neblina en que lo hiciera su ilustre congénere de Weimar? Entre Mann y Goethe hállese el Mundo. Wolfgang vuela sobre la cápsula terráquea y se hunde sin quererlo (él siempre lo negó) en sutiles especulaciones metafísicas. Mann es el reverso de esa medalla; el novelista de la *Montaña Mágica* asienta los pies en la tierra, ni enamorado ni maldiciente con la vida, pero con angustia visible al comprobar cómo se acorta su camino; pues, para su juicio, la vida terminará, en su escala de valores individuales, el día que él cierre los ojos para siempre; y esto sin saber a qué vino a este globo de tierra y agua e ignorando por qué debe partir. Pero esa misma ig-

norancia, el nacimiento sin finalidad y la muerte sin destino, ¿no parecen a su vez dos grandes absurdos?

La tragedia de este razonamiento desolado, encuentra su justa exposición en la obra sólida y magnificente del gran escritor germano que en estas marginales hemos puesto en paralelo con el poeta de *Fausto*. De allí, para esquematizarla en síntesis magistrales, la toma el profesor Roque Esteban Scarpa.

*Thomas Mann, una personalidad en una obra*, recién salido a librerías con el sello del *Centro de Investigaciones de Literatura Comparada de la Universidad de Chile*, es un ensayo de alta envergadura y, sin regateo alguno, digno del aplauso de los estudiosos de nuestro país y de la América española; donde por pereza, en alguna medida, y por gravitación de numerosos factores económicos adversos, desde otros puntos de vista, las élites intelectuales nos tienen acostumbrados a exigir poco y a contentarnos con menos.

El libro de Scarpa —tomo inicial de una trilogía próxima a completarse—, además de excepción de esta regla constituye un trabajo inmenso. En otro sentido es un verdadero estudio biográfico de Thomas Mann a través de la temática de su extensa labor de novelistas, toda ella solvente por el aval de una filosofía actualizada por personales experiencias. “El problema del hombre —escribe Scarpa— es el tema de su obra; el problema de él como hombre en el mundo, disociado en sus facetas o posibilidades, proyectándose históricamente en el devenir de su tiempo o espiritualmente en lo universal humano. Su tarea de escritor, su destino y vocación de escritor es la de explicar en él la humanidad; justificar y salvar el sueño de la nobleza humana, sin olvido de que en el hombre existen factores regresivos, posibilidades morales vergonzosas que pueden llevar al autodeterminación”.

El metafísico no aparece en ningún instante, ni Scarpa podría señalarlo, si no es en “claroscuro”, o en figuras, desde la partida caricaturizadas por la realidad que enfrentan. Porque en Mann ese personaje —El “metafísico”— *personaje suyo* como carácter (o careta) de sus propias angustias o inquietudes, no existe, no fue *elaborado*, nunca se trasfundió a la vida de los símbolos literarios con sangre de sus venas.

Y ahora, para terminar, dos palabras de aplauso:

Se dice que éste es el siglo de la técnica; y, por supuesto, de los libros técnicos. Maravilloso; siempre que eso no termina en siembra de hongos irradiantes sobre el camposanto de la Humanidad, destrozada por ella misma. . .

El Renacimiento fue más discreto, pues realizó la ecuación (ya

ambicionada por los griegos del tiempo de Pericles) entre el espíritu y la técnica.

Aplaudamos, pues, a la Universidad de Chile, cuando, en días como los nuestros, no titubeó en publicar una obra —como ésta de Scarpa— que vuela *ut supra* lejos del ajetreo belicoso de los grupos humanos, movidos por las siembras del odio; y sin otro fin que la búsqueda en el estudio integral del Hombre —que es espíritu y materia— de la viabilidad para el posible arquetipo...